

## La referencia griega

Es un tópico clásico de la filosofía, de la historia de la cultura, de las artes y de todas las humanidades el tener al mundo griego, a “Grecia”, como se le indica, no sólo como la referencia ineludible, sino también como la prueba de la validez de toda especulación u objeto de arte. Desde Theodor Mommsen (1817-1903), Giambattista Vico y Jakob Burckhardt (1818-1897) hasta Martin Heidegger (1889-1976) y Arnaldo Momigliano (1908-1987), no hay filósofo o historiador de la cultura que pueda escapar a este referencialismo. Desde Jacques Derrida (1930-2004) a Jean-Pierre Vernant (1914-2007), desde Michel Foucault (1926-1984) a Paul Veyne (n. 1930), por dar sólo algunos ejemplos al azar, no hay autor europeo que haya escapado, para legitimarse, a esta referencia al mundo griego.

Aquello que resulta interesante en este momento es que ese referencialismo constante ha cobrado un inusitado vuelo y esplendor, no ya en el ámbito de la filosofía o las humanidades, sino en el de la economía y las finanzas. El llamado “default griego” cumple exactamente para la Europa contemporánea las mismas funciones que el mundo griego antiguo tenía/tiene respecto de la historiografía clásica. Y no sólo ello: también modifica este “default griego” esa situación clásica del mundo griego y constituye un ejemplo interesante de como el sentido de presente y de ocupación del espacio se realiza en la actualidad.

La especulación en términos financieros consiste en construir mundos posibles, es decir, especular es prever que ciertos objetos o símbolos poseerán un valor determinado —que a veces se convierte en precio— en un determinado período de tiempo. Aquello que es fascinante en el caso actual de lo que se engloba bajo el nombre de situación económica es el hecho que la actualidad política y el espacio público mismo se han transformado también a una lógica financiera: aquello que en Grecia se hace en términos de política es también, se basa también, en un mecanismo de tipo financiero. Grecia es el centro especulativo, como siempre lo fue, pero en el caso presente es para constituir una *ratio* financiera —cosa que de alguna manera no proviene sólo *fuera* de este mundo griego, sino que de la misma manera que sucedía respecto de la historiografía clásica atribuida a Heródoto y sus herederos, responde

asimismo a mecanismos locales de especulación y funcionamiento. El ejemplo perfecto —que cualquier viajero o turista ha podido constatar en los últimos veinte o treinta años en el territorio griego— es la presencia de miles y miles de casas “sin techo” o a medio culminar y que nunca se concluyen, precisamente para obtener ventajas fiscales. Esto no es sólo una forma de especulación financiera a escala local, fue/es también una premonición del sentido de “sin techo” bajo el cual se localiza en la actualidad la mayoría de la población griega. Si Heródoto en *Los nueve libros de la historia* planteó la primera descripción global del llamado mundo antiguo hacia el año 444aC, la actual situación griega presenta la primera *falla global* de un país en la época contemporánea o, cuanto menos, la primera situación que en términos sociales y financieros es tratada y considerada como falla global.

Grecia es considerada como la cuna del patrimonio cultural de Occidente y de modo paradójico es en la actualidad la cuna del patrimonio imaginario de partir del cual innumerables entidades financieras construyen aquello que consideran como activos, como patrimonio más real. De igual manera entonces que el Partenón es un *signo vacío* de un mundo que ya no existe, Grecia como país actual es el *signo vacío* del sistema financiero internacional, el cual constituye el único sistema internacional en sentido literal. La volatilización del patrimonio, es una expresión común en periódicos y medios audiovisuales, sin embargo la misma constituye un oximoron, ya que patrimonio es en la actualidad sinónimo de abstracción, de inhasibilidad, de no durabilidad —de hecho, toda noción de patrimonio actual se construye en torno a la volatilización como condición primera. Y por los mismos la especulación filosófica, que todavía invoca la Grecia antigua y la nueva del “default”, como debería, poco puede comprender del sentido de valor con que objetos, aparatos, teorías y cosas, circulan por el planeta.

El hecho que la banca internacional establezca el sentido de valor a partir del precio de compra estimado a futuro de los objetos financieros y no a partir de su valor de mercado, establece un sentido *ficticio* de balance contable —método este que no obstante se ha generalizado a todo tipo de instituciones y no solo las financieras, de manera tal que se ha convertido en el mecanismo de reflexión y pensamiento corriente de todo intercambio o contrato. Y esto es relevante justamente por el cambio radical de expectativas gananciales que esta valoración ha generado en todas las actividades económicas, de manera tal que un 5-10% de retorno de capital invertido, que en el pasado era considerado como estándar, en la actualidad, por el contrario, toda actividad debe llegar a una *expectativa* de 25% de retorno anual. De modo que, en términos de productividad individual, biológica y emotiva, el

resultado es el mismo: hay que ser jóvenes por mucho más tiempo que el biológico y resistentes y adaptables a todo tipo de modificaciones laborales más allá incluso de la experiencia y la formación decada quién. Bajo estas condiciones entonces, así como no todo esquema de referencias se transforma en eficaz y viable por su sola referencia historiográfica a Grecia, igualmente no toda adquisición de bonos externos griegos (“deuda soberana”) o de *commodities* a ellos ligadas puede tener la capacidad para fijar el *precio* de un valor de manera regular.

Grecia es entonces, como en el pasado, un *punto de fuga* en la constitución cultural del presente. En el pasado la noción de cultura era definida por relación a las artes y a las ciencias (especulación filosófica), en la actualidad lo es por relación a las *commodities* y las finanzas (especulación financiera). La naturaleza financiera que predomina en la banca también lo hace en el resto de los dominios sociales, situación que aún no ha sido comprendida en toda su extensión y alcance. Lo financiero se refiere a un dominio que se basa sobre proyecciones, hipótesis y especulaciones, en torno a cosas y eventos de naturaleza conjetural. La llamada economía real ya no existe sino en los libros de historia económica: todo mecanismo cultural, social o económico, se basa en la actualidad en un principio financiero, en el sentido que todo objeto, cosa, entidad o bien, tiene un valor o precio y que el mismo se establece en torno a expectativas, proyecciones, conjeturas y especulaciones. “Grecia” en este sentido aparece como el primer caso de una sociedad y una serie de eventos concebidos en torno a esta *ratio* financiera.

De manera paradójica, cuando el sentido de mundo griego más modifica sus bases hacia lo económico y lo financiero, es cuando el mismo más *imaginario* aparece. Estamos así a las antípodas del análisis marxista y de la filosofía naturalista decimonónica que asociaba la materialidad de las teorías (su sentido último de realidad) con mecanismos de tipo económico. Nada es más abstracto y menos realista que la dimensión financiera en que vivimos cada día. Esto es también paradójico: cuanto más énfasis ponemos en el patrimonio que creemos tenemos, más constatamos que el mismo no es sino una aspiración social y una expectativa de valor a futuro que no tiene continuidad de significado con el presente o eso que llamamos provisoriamente nuestro presente. Existe en este sentido una analogía entre patrimonio y territorio que viajan en la misma dirección y con una evolución parecida. De manera similar a como el territorio ya no es la expresión última y más real del espacio, el patrimonio ya no es la expresión máxima y última de propiedad y posesión. Nietzsche ya había previsto algo similar cuando en su azarosa futurología preveía que las diferencias entre humanos *más reales* serían en el futuro biológicas o psicológicas pero nunca económicas.

Aquello que resulta interesante de este ya clásico *síndrome de Grecia* es el hecho que la noción de origen —tal como se entendía en términos historiográficos, filosóficos y culturales, cuando se apela a la “Grecia antigua”— se confunde con la de límite —tal como se entiende en la actualidad en términos financieros y políticos respecto del “default griego”. De esta manera se posee una noción actual del sentido de lo cultural en términos de espacio, es decir, en un ambiente donde la búsqueda y la institución de los orígenes ya no posee el significado de validación que tenía en el pasado y, por el contrario, puede tener un efecto *negativo* respecto de la construcción de un significado de presente. Este sentido *griego* de origen es entonces reemplazado por un sentido, igualmente *griego*, del límite de lo europeo, de lo pensable en términos financieros y políticos. De manera tal que justamente *lo político* en términos clásicos —la *polis*, Platón, Aristóteles— ya no logran cohesionar un significado de comunidad, el cual se ha completamente desplazado hacia dominios de negociación orientados en términos de finanzas y menos en términos de acuerdos y contratos sociales de tipo clásico. El gran *malentendido* que los medios de comunicación exponen cada día, entre manifestantes que hablan por derechos civiles y burócratas de instituciones que reclaman de ajustes y planes presupuestarios, se vincula sin duda con esta modificación en la manera de concebir lo social.

Ingresamos en una época que, similar en muchos sentidos al origen del *banking* en Venezia, en el siglo XIV, la relación entre *banking* y *trade* es directa, no como sucedía entonces por el intercambio físico y material de los bienes, por el *comercio* en sentido literal y como se le denominaba entonces, sino, por el contrario, por su total ausencia pero por su absoluta necesidad. El *trade* es parte fundamental de la financialización del planeta por la manera en que los bienes se han convertido en *commodities*. Y allí también “Grecia” constituye la primera prueba a gran escala, a escala territorial de país en sentido clásico, de los efectos que tiene esta transferencia hacia lo inmaterial de la economía.

Igualmente, de manera similar al primigenio *banking* italiano del siglo XIV, en la actualidad una dimensión *geográfica* es introducida en lo financiero como obstáculo: lo local posee una densidad que desvía, que modifica, lo financiero y afecta su mismo centro de gravedad, es decir, las previsiones, las estimaciones. Cuando más “globalizada” se consideran las relaciones y vínculos financieros y económicos, de manera paradójica, más lo local se revierte sobre sí mismo y, sobre todo, lo geográfico se constituye en la forma principal de percepción del espacio. La financialización del planeta va aparejada con el desarrollo acentuado de una noción de ecología, de atmósfera local, de ambiente inmediato.

El “default griego” entonces es más que una cuestión financiera, constituye a su vez, en la historia y evolución europea, un hito acerca de los límites sociales y políticos de una época, así como también una exhibición detallada de los caracteres salientes de aquello que el presente indica como cultura y los valores finitos a que la misma hace referencia y por relación a los cuales tiene una funcionalidad en dicho presente.

Dada estas condiciones, el llamado “default griego” no es algo que pueda suceder, sino algo que sucede por el hecho mismo de ser mencionado y considerado como posibilidad. Tal es una de las condiciones básicas de la financialización de la cultura y la especulación: el antes y el después, la causa y el efecto, quedan relativizados de manera absoluta por la presencia de un *horizonte de espera* y por la consideración constante de conjeturas e hipótesis que poseen el efecto clásico de “hecho” o “evento”.

St. Jean de Luz, Agosto 2011.